



# LA ARQUEOLOGÍA EN LA CONSTRUCCIÓN DEL IMAGINARIO SOBRE EL PASADO PREHISPÁNICO DE DURANGO

*David Muñiz García \**  
*Kimberly Sumano \*\**  
*José Luis Punzo \*\*\**

\*El Colegio de Michoacán, \*\*University of Texas at El Paso, \*\*\*Centro INAH-Michoacán

Recepción: 14 de mayo / Aceptación: 4 de julio

### Resumen

Se analiza el proceso de construcción del imaginario acerca del pasado prehispánico de Durango, a través de una revisión historiográfica mediante el análisis del discurso generado desde la Arqueología y su recepción en el mundo académico. Hemos encontrado que se puede separar este proceso en etapas muy similares al de otros contextos, pero con un interés escaso en términos comparativos. La visualización de este problema y su devenir histórico puede ayudar a subsanar el importante rezago que tiene la arqueología de Durango.

### Palabras clave

Análisis del discurso; Durango prehispánico; historia de la Arqueología.

### Abstract

The process of constructing the imaginary about the Prehispanic past of Durango is analyzed through a historiographical review by the analysis of the discourse generated, from archeology and its reception in the academic world. We have found that this process can be separated into stages very similar to other contexts, but with little interest in comparative terms. The visualization of this problem and its historical evolution can help to overcome the important backlog the archeology of Durango reports.

### Keywords

Discourse Analysis; Prehispanic Durango; History of Archeology.

## LA CONSTRUCCIÓN DEL PASADO

LA IDEA QUE SE TIENE DEL PASADO determina en buena medida la relación que entablamos con él; esta idea es construida socialmente a partir de la información disponible. Como cualquier otro saber humano, este proceso está sujeto a la construcción discursiva que distintos autores han hecho al respecto. El presente trabajo busca entender lo que se escribió acerca del pasado prehispánico de Durango, particularmente para el periodo chalchihuiteño, y en menor medida, reconstruir la imagen que se generó a partir del discurso de quienes trataron el tema, cómo se fue moldeando la visión o visiones que han llegado hasta nuestros días, tratándose pues, de deconstruir el significado de una visión construida históricamente. Esto se realiza mediante el análisis del discurso y pretende aportar una comprensión del fenómeno de la construcción del imaginario acerca del mundo prehispánico, el cual es determinante en la relación que nuestra actual sociedad establece con aquellos grupos que nos precedieron.

Así, este trabajo representa un acercamiento para entender la manera en que se genera una forma de pensar el pasado y de actuar frente a él. Pretende sumarse a los esfuerzos de investigación arqueológica e histórica que se han venido desarrollando en Durango, con la finalidad de mitigar el desinterés generalizado por el pasado prehispánico. Consideramos que el análisis del discurso es uno de los muchos posibles derroteros a seguir en la construcción de un conocimiento del pasado de Durango, aunque la distancia entre la cantidad de textos científicos al respecto y la riqueza cultural en el estado es y seguirá siendo abismal.

Por otro lado, es bien conocida la problemática que el estudio del pasado prehispánico enfrenta: la ausencia, en la mayoría de los casos, de fuentes escritas. Esta situación ha propiciado que este periodo sea analizado por la Arqueología como disciplina que reconstruye la vida de las sociedades a partir de sus restos

materiales (Renfrew 2011). Quienes escribimos acerca del pasado remoto somos un factor importante en la construcción de las representaciones de realidades pretéritas y nos convertimos, en cierta medida, en constructores de un conocimiento: «el discurso produce una percepción y representación de la realidad social» (Diaz-Bone, y otros 2007, 6). Es entonces cuando los arqueólogos «optamos por producir un conocimiento que en un cierto sentido es *narrativo* (pues sólo puede *darse* como narración, ya que *se construye narrativamente* y *se expresa en forma de relato*)» (Criado-Boado 2006, 249).

Las narraciones generadas sobre un tema impactan en quien las recibe y generan una visión de lo que «es», en este caso, un fenómeno arqueológico. Por ello, es importante deconstruir el discurso previamente establecido, pues nos puede acercar a entender sus componentes y a resignificarlos bajo las percepciones teóricas contemporáneas, permitiendo así que sigan vigentes si aún satisfacen las necesidades explicativas de la actual Arqueología, además de propiciar una mirada crítica explícita a una lectura dada.

El término deconstrucción se definió como una técnica del pensamiento filosófico con el fin de revisar profundamente las terminologías establecidas en la humanidad (Derrida 1971). La deconstrucción no sólo busca «sentidos», sino huellas de ideas, y consiste en mostrar cómo se ha construido un concepto cualquiera a partir de procesos históricos. Siguiendo este pensamiento, el conjunto de narraciones acerca del pasado que realizamos los arqueólogos, son un mensaje en sí mismo y tienen un impacto en cómo se piensa e imagina a los antiguos pobladores del mundo, tanto en la comunidad académica como en el público general. El presente trabajo busca entender cómo es que se construyó la narración acerca del pasado prehispánico de Durango, y permite recrear el imaginario académico que se tiene de este periodo, para reflexionar críticamente en la relación que hemos entablado con nuestro pasado.

*Discurso e imaginario.* Las narraciones con respecto al pasado forman un corpus que conceptualizamos como discurso, recordando «que el discurso es *el* acontecimiento del lenguaje», pues permite la relación entre acontecimiento y significado (Ricoeur 2006, 23) (énfasis añadido). Para Ricoeur, el discurso es una dialéctica de acontecimiento y sentido, de proposiciones y de referente; desde

su perspectiva, el sujeto se constituye como entidad autónoma que no sólo se comprende a sí mismo, sino que también explica el mundo del texto de acuerdo a su *estar en el mundo* (Miramón Vilchis 2013).

El discurso es la condición de posibilidad de crear un imaginario, definido como «el proceso de construcción social de realidad [...] el cual tiene un lugar de primera importancia como proceso mental de creación individual que se manifiesta como social, al ser compartido y formado en parte por la sociedad» (Baczko 1991, 29). Los discursos son entes históricos y culturales, que se transforman conforme mutan los generadores de relatos, o bien los receptores de los mismos; el discurso tiene diversos componentes de significación y «si bien es cierto que sólo el mensaje tiene una existencia temporal, una existencia en duración y sucesión, donde el aspecto sincrónico del código pone al sistema fuera del tiempo sucesivo, entonces la existencia temporal del mensaje da testimonio de la realidad de éste» (Ricoeur 2006, 23), así, la superposición de discursos va dando forma a la percepción de la realidad pretérita.

Por su parte, Foucault (1982) llama la atención con respecto a que no es únicamente el discurso el que configura nuestra imagen del mundo, sino también la práctica discursiva, siendo ésta un reflejo de la estructuración social. En ese sentido, el autor «concibe el discurso y la práctica discursiva como estructura y práctica social, respectivamente. 'Discurso' no es sinónimo de diálogo o monólogo filosófico» (Díaz-Bone, y otros 2007, 2) y es producto de la historicidad del autor en una relación intrínseca de su propio sistema de saber-poder (Foucault 1982). El discurso arqueológico es un saber, y como tal, resulta parte integral de las formas de generación y reproducción del poder, «la cuestión aquí reside en analizar la condición histórica de la actual existencia de esos enunciados» (Díaz-Bone, y otros 2007, 5).

*El imaginario en arqueología.* Hemos aseverado que, debido a distintas circunstancias histórico-culturales, la generación del conocimiento con respecto a las sociedades del pasado lejano es en buena medida responsabilidad de la Arqueología (cfr. Bernal 1979; Vázquez 2003); a diferencia de otras ciencias sociales, el arqueólogo fundamenta su discurso en la evidencia material. Sin embargo, al igual que en otras ciencias sociales, el discurso

generado es producto de la historicidad del autor en una relación intrínseca de su propio sistema de saber-poder (Foucault 1982). El discurso arqueológico es un «saber», y como tal, forma parte integral de los modos de generación y reproducción del «poder».

Foucault muestra cómo el conocimiento generado por una sociedad, en un contexto histórico dado, reproduce y alimenta las formas de ejercicio del poder (Foucault 1983). Los saberes en su conjunto permiten una armonía del sistema social, y con ello la generación de conocimientos; como ejemplo, el discurso arqueológico permite a quien lo crea y a quien lo usa, el ejercicio del poder respecto a la manera de entender a los pueblos del pasado bajo el sesgo de los intereses contemporáneos. Del mismo modo, la falta de comprensión del pasado prehispánico puede llevar al desinterés, desprecio, o incluso a la destrucción.

Actualmente en la arqueología de México, las dinámicas de producción de conocimiento responden a intereses académicos o políticos que direccionan en cierta medida las investigaciones, presupuestos institucionales, orientaciones teóricas, temas de discusión, entre otras; de esta manera el saber arqueológico permite un ejercicio del poder sobre el pasado (Díaz-Andreu 2007; Smith 2001; Trigger 1992). En nuestro caso, planteamos que la construcción del conocimiento sobre el pasado prehispánico de Durango ha sido fuertemente influenciada por visiones seudocientíficas o sensacionalistas, la falta de trabajos sistemáticos y el poco impacto de estos últimos en el imaginario de las personas en general, así como de los académicos en particular. Si bien existe un discurso arqueológico formal, la hegemonía de los saberes previos y la falta de interés en la arqueología del norte, son obstáculos en el desarrollo de la arqueología de Durango, situación que pretendemos ayudar a zanjar en el presente trabajo.

A pesar de lo anterior, es necesario reconocer que «escribir acerca del pasado no es partir de una lectura inocente y desinteresada de un pasado autónomo producido como una imagen. Escribir el pasado es dibujarlo en el presente reinscribiéndolo a la luz del presente» (Tilley 1989, 193). De esta manera, el discurso arqueológico propone una «interpretación de la realidad» pretérita a través de las narraciones. Pero en nuestro país pocas veces encontramos estas narraciones articuladas en un discurso claro y coherente, con una continuidad espacial y temporal. Así,

el lector se ve obligado a completar la información parcializada vertida por el arqueólogo: «los datos de la enciclopedia del lector se vierten con perfecta regularidad en los espacios vacíos del texto» (Eco 1978, 180). En el discurso arqueológico existen muchos «espacios vacíos», esto se debe posiblemente a la naturaleza misma de la disciplina arqueológica, en donde se trabaja con evidencia fragmentada que nos proporciona una interpretación, de muchas posibles, acerca de una realidad pretérita, la cual es filtrada por la propia agencia del investigador, casi a modo de traducción del lenguaje material que deja la actividad humana pasada, al lenguaje verbal contemporáneo. De esta manera, la ilación incompleta, y a veces inconexa, del discurso arqueológico implica que el lector «rellene» de acuerdo a su propia enciclopedia cognitiva el mensaje del arqueólogo, dando como resultado un imaginario confuso, arbitrario, incluso fantástico.

No es extraño encontrarse con discursos pseudocientíficos que están apoyados en información arqueológica profesional. Si bien la libertad interpretativa de los receptores de un discurso es inherente a la emisión de éste (mundos posibles<sup>1</sup> como todos aquellos posibles rumbos que podía tomar una narración y que se encuentren dentro de los parámetros de la realidad), el contar en Arqueología con narraciones bien fundamentadas teórica y metodológicamente, da la posibilidad de desarrollar discursos con la menor cantidad de «espacios vacíos». Estando conscientes de lo parcial que esto puede resultar, pues en Arqueología se trabaja permanentemente solo con piezas dispersas –o sin ellas– de un gran rompecabezas.

*El registro arqueológico como texto.* Si el arqueólogo construye en cierta medida el registro y éste se plasma en una narración, ya sea oral, escrita o representada,<sup>2</sup> todo lo anterior puede ser conceptualizado como un texto: «Si la cultura material siempre está constituida de manera significativa, entonces quizá puede ser vista como un texto que se lee» (Hodder 2007, 29).<sup>3</sup> Por otro lado, «el conocimiento, para Foucault, es el control o dominio de ciertas prácticas culturales, especialmente la de los discursos principales que regulan una cultura. Como hemos visto, una poética cultural es uno de los elementos constitutivos fundamentales de estos discursos. Poder, entonces, puede ser visto como originado en poéticas culturales específicas y localizadas que se desarrollan

1. Concepto retomado de Umberto Eco (1993).

2. Oral, en cada charla formal o informal; escrita, a través de artículos científicos o de divulgación, y representada, incluso físicamente mediante las propuestas de reconstrucción arquitectónica o museografías, por ejemplo.

3. Es necesario señalar que este imaginario tiene por lo menos dos grandes vertientes: la primera es que se genera en un público no especializado, y otra, en el ámbito de los especialistas.

como resultado de la gente y eventos en un lugar y hora exacta» (Reese-Taylor 2001, 9) (traducción propia).

La construcción de una narrativa sobre algún fenómeno arqueológico determina el ejercicio del poder sobre el mismo, por supuesto, entendiendo el poder «no en el sentido político exclusivamente, sino en la medida en que abre todo un campo de posibilidades, que sirven para que una determinada práctica discursiva busque legitimarse en otra, busque rivalizar o superar a otra» (Gómez Pardo 1989, 110).

De esta manera, el discurso no es una explicación inocente del mundo, sino que «constituye una manera de hacer mundo, de apropiarse del mundo a través del saber» (Díaz-Bone, y otros 2007, 8). Estos mismos autores profundizan al mencionar que las tendencias del discurso en las que nos implicamos como investigadores, en nuestro intento de describir y entender el mundo, son producidas en complejas relaciones de poder en las que diferentes actores e instituciones trabajan para establecer una interpretación dominante de la «realidad», conceptualizando el discurso como una instancia de hegemonía (Díaz-Bone, y otros 2007, 9--10). Si bien existen algunos ejemplos de la aplicación de estas ideas en la narración arqueológica (Carbonelli 2011; Fernández 2012; Mansilla 1999; Muñiz 2016; Tilley 1989, 1989b, 1994), estas no han sido usadas sistemáticamente para entender la construcción de conocimiento arqueológico y el impacto en la generación de imaginarios sociales.

#### LA IDEA DE LA ARQUEOLOGÍA EN EL NORTE

La historia de la arqueología en México ha mostrado una tendencia a centrar sus intereses en los sitios con arquitectura monumental, la mayoría de ellos del centro y sur del país. Ignacio Marquina, por ejemplo, plantea que el estudio arqueológico se hace, primero mediante el acercamiento a las fuentes y, en segundo lugar, a través del estudio de los restos materiales, que ha de enfocarse en los grandes monumentos y ciudades importantes (Marquina 1964, 1). Con esta aseveración podemos entender la situación que, en general, existe para la arqueología del norte. Por su parte Ignacio Bernal señala que:

El norte y toda la parte central de la República que queda fuera de las fronteras mesoamericanas fueron bastantes descuidados, debido en gran parte a la situación muy peculiar de la arqueología en esa región. Salvo algunos centros permanentes de habitación prehispánica, el resto del área no presenta sitios concretos claramente definidos en donde realizar exploraciones, sino que, por el contrario, el investigador necesita buscar en las cuevas, en los montes o en los valles las huellas pocos visibles de las *tribus nómadas* que habitaron allí, salvo los casos de *bárbaros sedentarios*. En cierto modo el problema se parece al del hombre prehistórico (Bernal 1979, 176, énfasis propio).

Así, partiendo del desconocimiento de septentrión mesoamericano, se justificaba la segregación de la arqueología en el Norte.<sup>4</sup> Vázquez León ha mostrado cómo es que la tendencia de la arqueología mexicana transita por intereses de tipo político y social, generación de cotos de poder y hasta problemas personales, que han configurado el mapa de resultados de la arqueología en México (Vázquez 2003).<sup>5</sup> De este modo, atender o no sitios arqueológicos, está determinado por el interés político patrimonialista mexicano. ¿Acaso en Durango la falta de monumentalidad hizo escasear el aliciente político, y por tanto académico, en el estudio arqueológico? Parece que lo poco nutrido de los trabajos en el área responde afirmativamente a este cuestionamiento.

En el marco de esta problemática, el Norte en general y Durango en particular, han sido excluidos de las discusiones académicas, repartos políticos, de los presupuestos, de la publicidad, es decir, del interés nacional. Braniff lo menciona de esta manera:

Es interesante reconocer, además, que la arqueología de Sonora, así como la de los estados norteños era difícil de concebir en aquel entonces, ya que se encontraban en una posición geográfica y cultural ajena a los intereses de la arqueología oficial mexicana, la cual desde el siglo XIX se ha enfocado generalmente hacia lo grandioso, lo complejo, lo bello y lo poderoso (lo que deja dinero del turismo) (Braniff 2001).

4. Es importante señalar que Durango en ocasiones era contemplada como parte de Mesoamérica y en otros momentos no. Inicialmente, Gamio dio una primera frontera de las «altas culturas» en Chalchihuites Zacatecas (Gamio 1910, 469). Al forjarse el concepto Mesoamérica, Kirchhoff dejó fuera de ella a Durango (Kirchhoff 1967). Posteriormente, los trabajos de Kelley incluyeron a Durango en la superárea cultural (por lo menos hasta el centro-oeste del estado) (Kelley, y Abbot 1971), Foster amplió la frontera hasta el norte de Durango (Foster 2000), y finalmente, Hers afirmó lo relativo y temporal de esta delimitación mostrando una frontera históricamente en fluctuación (Hers 2001).

5. El autor afirma que «la antigüedad indígena es poder simbólico» (Vázquez 2003, 112); al no haber lo que se llama arquitectura monumental (Marquina 1964, 1) parecería no haber la posibilidad de generar poder simbólico en, por ejemplo, Durango. Pero Vázquez León continúa: «La arqueología sigue brindando –a veces sin proponérselo– objetos físicos de culto secular [...] Este uso social de la arqueología hace de la administración del patrimonio cultural un campo político» (Vázquez 2003, 116).

Por su parte, Hers refiere la exclusión de Durango en ese mismo tenor: «La ubicación del estado de Durango en el mapa nacional ha sido adversa para el desarrollo de su arqueología. En efecto por estar tan al norte, pesan sobre su territorio todos los prejuicios acostumbrados relativos a lo supuestamente salvaje y primitivo de los antiguos pobladores del norte» (Hers 2004, 525). También Zavala analiza este tema planteando como un motivo más de este abandono el estar en medio de dos grandes áreas culturales:

Gran parte del norte de México ha sufrido una falta de atención seria por parte de arqueólogos profesionales, tanto de México como de los Estados Unidos. Lo anterior se debe en buena medida a que esta región se encuentra en una zona intermedia entre las más conocidas áreas del *Southwest* estadounidense y Mesoamérica. La falta de atención en el norte de México hasta la década de 1980 resultó en la visión errónea de un supuesto espacio habitado sólo por «cazadores-recolectores» en medio de las mencionadas áreas culturales más complejas (Zavala 2014, 320).

Lo anterior ayuda a entender la poca bibliografía existente acerca del pasado prehispánico del estado de Durango. Los proyectos de investigación son igualmente escasos, lo que nos ha llevado a un desconocimiento generalizado, tanto entre los especialistas como entre el público en general. En este mismo sentido, Reyes (2004) esboza los motivos y cauces que han seguido los estudios antropológicos en Durango, explicando los prejuicios que aún pesan sobre esta región y que a su vez han determinado la falta de trabajos en las humanidades con respecto a esta amplísima región del país (Reyes 2004).

Cabe resaltar dos obras colectivas que incluyen trabajos relacionados directamente con el tema aquí tratado: (Hers, Mirafuentes, Soto y Vallebuena 2000; Braniff 2001), la primera con un matiz regional y que dedica una sección a «la imagen del otro» (Hers et al. 2000, 395--524), centrando su atención en la construcción de la percepción del indígena norteño durante la colonia. La segunda obra es uno de los pocos ejemplos de libros dirigidos al público en general, con una perspectiva que incluye a todo el norte de México.

En ambos casos, las reflexiones con respecto a la construcción del pasado son críticas y ponen el acento en los prejuicios y vicisitudes a sortear para la arqueología nortea.

### CONSTRUYENDO EL PASADO DE DURANGO<sup>6</sup>

*Conquistadores, viajeros, sacerdotes y aventureros.* Previo al contacto entre europeos y americanos, tenemos algunas menciones sobre los habitantes del septentrión y referidas por los primeros cronistas: «A las provincias donde moran los chichimecas llámanlas chichimecatlalli. Es tierra muy pobre, muy estéril, y muy falta de todos los mantenimientos» (Sahagún 2009, 387).

Por otro lado, el imaginario mexicana ubica en un punto inexistente del norte, lugares como Chicomoztoc, Aztlán e incluso Tollan (León-Portilla 2005), visto de esa manera, tenemos dos grandes vertientes para entender al norte: el primero es como lugar mítico originario, con un dejo de grandeza épica y tierra de fantasías; un pasado glorioso en un lugar lejano. El segundo no se remonta hacia su pasado, sino a su percepción de los vecinos septentrionales, de la otredad, y en donde los norteaños son vistos como gente salvaje, sin ciudades ni ley, como chichimecas (Braniff 2001). Fue esta última visión la que permeará fuertemente en el mundo virreinal, en donde si bien se vio el norte como lugar de ciudades fantásticas (Copala o las siete ciudades de Cibola), fue la idea de un lugar lleno bárbaros, la que estará reflejada en los escritos de la época entre los siglos XVI-XVIII.

Las primeras visiones de las que tenemos registro acerca de los grupos indígenas de Durango provienen de los conquistadores, viajeros, sacerdotes y aventureros que transitaron el norte. En primer término, fueron los soldados encargados de la conquista durante el siglo XVI, quienes dejaron registradas sus observaciones acerca de las personas a quienes intentaban dominar; tal es el caso de Nuño de Guzmán (Marín 1992) y Francisco de Ibarra (Saravia 1978). En este primer acercamiento, también tenemos a los sacerdotes que buscaban entender a su nueva feligresía, figuran aquí personajes como Hernando de Santarén (González 1993). Por su parte, los viajeros que deseaban conocer los recursos susceptibles a ser explotados (incluyendo los humanos) y los aventureros que intentaban saber cuáles y cómo eran los antiguos habitantes del

6. El presente estudio está centrado en el periodo chalchihuiteño (550 d. C. a 1250 d. C.) (Punzo 2008, 10) hasta ahora, el más conocido. Para periodos más tempranos o más tardíos es igualmente importante realizar estudios similares, tarea que está por hacer para tener un panorama más completo del fenómeno de la construcción del imaginario prehispánico en Durango.

territorio de la antigua Nueva Vizcaya (De Rivera [1736] 1945; Saravia 1978; Punzo 2007). Algunos ejemplos son las reseñas hechas por De la Mota y Escobar, para la expedición de Ginez Vázquez de Mercado (De la Mota 1993), y la de Baltasar de Obregón para la aventura de Francisco de Ibarra (Obregón 1924).

Ya hacia el siglo xviii tenemos una de las principales fuentes sobre los grupos indígenas en el norte de México, el obispo Pedro Tamarón y Romeral, quien con motivo de su visita a la diócesis de Durango, reseña algunas costumbres y localizaciones de diversos grupos indígenas en la entonces Nueva Vizcaya (Tamarón y Romeral 1937).

Luego entonces, si bien se verá al Norte como lugar de ciudades fantásticas, la idea de un lugar lleno de bárbaros es la que quedó reflejada en los escritos de la época (De la Mota 1993; Obregón 1924) siendo la imagen de los chichimecas que retratará Sahagún, la más emblemática para la concepción los habitantes del norte. En siglos posteriores, las narraciones serán más descriptivas, pero no por eso deja de percibirse el abandono, aislamiento y pobreza (Lumholtz 1904).

*Los primeros trabajos: construyendo pigmeos y chichimecas.* Pasarán muchos años antes de que se vuelva a realizar una obra tan amplia como la del obispo Tamarón, y será un viajero noruego, Carl Lumholtz, quien como parte de su recorrido por el norte y noroccidente de México visitará Durango, realizando interesantes observaciones acerca de los grupos indígenas que todavía sobrevivían en los albores del siglo xix (Lumholtz 1904, 411-471). Este trabajo estuvo enmarcado en los primeros intentos de entender el pasado prehispánico de manera sistemática, hacia principios del siglo xx. Hubo, además, algunos otros estudiosos que también recorrieron diversos lugares del estado en búsqueda de contextos arcaicos (Brand 1939; Mason 1937), autores que, por otro lado, marcan la génesis del trabajo arqueológico realizado por profesionales en el estado, dando inicio a la arqueología de la presencia mesoamericana en Durango. Si bien ambos, y especialmente Mason, buscaban horizontes más antiguos, se toparon en sus investigaciones con vestigios arqueológicos de poblaciones agricultoras que mostraron una complejidad inesperada para ellos en ese momento.

De manera simultánea, se esbozaba un modo distinto de entender ese pasado a través de la visión del profesor Everardo Gámiz, quien en 1935 anunció el hallazgo de momias pequeñas, las cuales confundió con restos de un pueblo de pigmeos. Fue en ese momento que se creó el mito que perdura hasta nuestros días, de la existencia de una «tribu de pigmeos» que habitó casas en cuevas de la Sierra Madre en Durango. El posterior reporte antropológico de esas momias indica que se trataba de niños de entre cinco y seis años de edad (Palazuelos 1943, 15--23; Punzo 2008). La idea de la existencia de pigmeos en Durango prevalece en el común de la gente, como en gran parte del país. Esto se entrelaza con un profundo desconocimiento del pasado prehispánico y con un desprecio hacia lo indígena en general, pasando –a nuestro parecer– de chichimecas a pigmeos, con todas las connotaciones negativas que esto implica.

Por otro lado, también hubo trabajos hechos por aficionados a la arqueología, como Agnes Howard en 1955 (Howard 1971, 73--78) y Federico Schroeder durante toda la primera mitad del siglo xx (Punzo 2005, 9--10). El afán anticuarista de ambos personajes permitió la generación de grandes colecciones cerámicas y líticas que sirvieron como base de trabajos como el de Charles Kelley (Kelley y Abbott 1971, 3--4). Sin embargo, el interés coleccionista de estos aficionados derivó en un saqueo indiscriminado de varios de los sitios más importantes del estado. La falta de una metodología que incluyera el registro y técnicas adecuadas de recuperación de objetos hizo que lugares tan importantes como Navacoyán, fuente principal de la colección de Howard (Howard 1971, 73--78; Lister 1955), se encuentren destruidos en la actualidad; así mismo, otros lugares como la Ferrería o El Molino, por mencionar solo algunos, sufrieron grandes estragos.

De esta manera, tenemos nuevamente dos líneas de entendimiento del pasado: la primera es la que podríamos llamar una *arqueología formal*, en donde el origen y características de estas poblaciones serán replanteados y discutidos en el ambiente académico con poco impacto en los habitantes de Durango. Y la segunda será de los aficionados a la arqueología, que tendrá una aceptación generalizada, pero que está llena de prejuicios. Ambas líneas corren paralelas hasta nuestros días, en varios momentos intentan ser una misma interpretación, pero en su sentido pro-

fundo se mantienen como visiones contrapuestas. Así se inicia la construcción de pigmeos y gente sin razón, por un lado, y la de chichimecas y chalchihuiteños por el otro.

*El arribo institucional. Rubín de la Borbolla.* A pesar de lo relevante de los primeros intentos científicos de Mason, Merrill y Brand, los estudios del pasado prehispánico de Durango estuvieron en manos de aficionados y coleccionistas por mucho tiempo. El primer trabajo con un carácter plenamente institucional y con una metodología científica –de acuerdo a la época– que se llevó a cabo, fue el realizado por el arqueólogo Daniel Rubín de la Borbolla quien en 1946 publicó un artículo sobre una estancia de investigación en la sierra de Durango (Rubín 1946). Estos trabajos se desprendieron del ya mencionado hallazgo del profesor Everardo Gámiz de momias de niños.

La labor de Rubín de la Borbolla marcará el inicio de la presencia del Departamento de Monumentos Prehispánicos de la Secretaría de Educación Pública (hoy Instituto Nacional de Antropología e Historia) en el estado de Durango, misma que será intermitente a lo largo del tiempo reciente y que se vendrá a consolidar hasta los años noventa. El arribo de instituciones como el INAH, y posteriormente algunas universidades, le darán al estudio del pasado prehispánico del estado una nueva fisonomía, intentando construir una imagen distinta del pasado prehispánico de Durango, con aproximaciones mejor fundamentadas sobre el desarrollo de los grupos humanos que ahí habitaron. Sin embargo, en el imaginario popular esta visión tendrá poco impacto, si se compara con aquella en la que los antiguos habitantes tenían origen fantástico.

*La arqueología de bronce: Kelley en Durango.* Luis González y González dice sobre la Historia de Bronce que: «El reverso de la historia crítica es la historia homenaje [...] Resucita gente de estatura extraordinaria, gigantes con aureola de santos, sabios y caudillos muertos con el fin de perfeccionar las almas de los hombres vivos [...] es un código del bien y del mal y una escuela de perfección» (González 1999, 336). Esta acepción puede ser aplicada, en cierta medida, al periodo de la arqueología mexicana ligada más fuertemente a la formación de la identidad nacional (Vázquez 2003) y en la cual sus principales personajes se han constituido como héroes de bronce.

En la arqueología de Durango, ese lugar le pertenece a Charles Kelley, no sólo porque es a partir de sus publicaciones que se genera la idea fundamental del pasado chalchihuiteño que se tiene hasta hoy, sino también porque algunos de sus presupuestos también permanecieron vigentes, como la cronología (cfr. Guevara 2003, 59), dando como resultado una idea sólida y hasta hace poco inamovible (cfr. Cabrero, Litvak, y Jiménez 2002).

En los años cuarenta y cincuenta del siglo xx, Kelley encabezó un grupo de investigadores de la Universidad del Sur de Illinois, que trabajaron en diversas partes de Durango en el proyecto *North-Central Frontier of Mesoamerica*, del cual se desprende buena parte de los conocimientos actuales de la arqueología de Zacatecas y Durango (Kelley 2002). Sus hallazgos fueron vastos, aunque las publicaciones relativamente pocas (si comparamos con el volumen de trabajo realizado). Por diversas razones no siempre clarificadas, Kelley no continuó con estos trabajos, tampoco lo hicieron permanentemente sus alumnos, con la excepción de Michael Foster, quien excavó en el norte del estado, centrando sus investigaciones en lo que él mismo llamaría Cultura Loma San Gabriel (Foster 1981), trabajada previamente por Richard Brooks a fines de los años sesenta y principios de los setenta (Brooks, 1971; 1978). Estos grupos de agricultores tempranos identificados por Foster en sitios como el Zape y Loma San Gabriel serán tema de polémica años más tarde (Foster 2000, 199--201; cfr. Hers 1989).

Una de las pocas menciones sobre la arqueología de Durango en publicaciones de amplio alcance, es la llamada «punta de proyectil acanalada» la cual es localizada por Kelley y publicada por José Luis Lorenzo hacia los años cincuenta (cfr. Piña 1960, 42). Se trata esencialmente del hallazgo aislado de una punta de proyectil que parece ser de la tradición Clovis o Folsom, esto ubicó al sitio Weicker o Santa Bárbara, en las cercanías de la ciudad de Durango, como uno de los asentamientos más antiguos en México (Lorenzo 1991). Es interesante notar que este hallazgo puso literalmente en el mapa arqueológico nacional a Durango (cfr. Solanes, y Vela 2000), con un posicionamiento institucional que ponía de manifiesto el arribo de la arqueología formal al estado. Sin embargo, no se continuaron los estudios con respecto al periodo o al espacio al que corresponde la punta acanalada, ni siquiera hubo una continuación en los estudios de la lítica de la región.

7. En los archivos de Charles Kelley recuperados por el centro INAH Durango, se localizaron fotografías en donde se registran exposiciones de materiales arqueológicos e imágenes, tanto de los trabajos de Kelley como de los aficionados, en el lobby del hotel Casablanca en el centro de Durango, en donde se muestra la presencia de Piña Chan.

8. Tan es así que actualmente este sitio es el único abierto al público en todo el estado, bajo el nombre de La Ferrería.

9. Esta fecha es tentativa y toma como referencia la permanencia de un arqueólogo en el centro INAH Durango: Arturo Guevara. Es decir, una persona y un recurso destinado específicamente a la protección de los sitios arqueológicos. La presencia de instituciones como la UNAM a través del Proyecto Hervideros será fundamental en el entendimiento del pasado prehispánico en Durango, pero nunca tuvo personal ni recursos permanentes para la protección de sitios arqueológicos en el estado, esto en gran medida por razones legales.

Este caso resulta ejemplificador del proceso que siguió luego la arqueología duranguense, en donde la supuesta cooperación entre instituciones (Universidad de Illinois-INAH) produjo breves momentos de formalidad en los estudios arqueológicos; sin embargo, no tuvieron continuidad inmediata y mucho menos a mediano y largo plazo, quedando solo algunos datos aislados que servirán como escenario o pretexto perfecto para el siguiente periodo: la llegada de los aficionados. Esto debido a que, ante el abandono de las instituciones, personajes con mejores intenciones que métodos, retomaron el interés en el pasado prehispánico, con bastantes más daños que aportes; los aficionados a la arqueología actuarán al margen de la ley, pero apoyados por el mismo Kelley hasta mediados de los años noventa.<sup>7</sup>

Con estos documentos se construye la primera visión del pasado duranguense fundamentada en largos y sistemáticos trabajos de arqueología. El saber generado por Kelley y su equipo, y retomado por los más prestigiosos arqueólogos de la época, construirán la imagen dominante en el ámbito académico del pasado prehispánico de esta amplia región por muchos años. Cabe mencionar que, pese a que los trabajos arqueológicos de Kelley se desarrollaron en varios sitios del Valle de Guadiana, fueron sus múltiples temporadas de excavación en el sitio que llamó Schroeder, las que nos han dado la mayoría de los datos arqueológicos que se tienen sobre el pasado prehispánico de la cultura Chalchihuites en su rama Guadiana.<sup>8</sup>

*El interregno de los aficionados: ¿saqueadores o anticuaristas?* Durante el periodo que comprende desde 1952 –y hasta 1963, si tomamos en cuenta el último año de trabajo en Durango del equipo de Kelley (Cabrerero 2002, 135)–, y hasta por lo menos 1992,<sup>9</sup> el pasado prehispánico de Durango será relegado a estudios de una práctica informal, no sistemática, pero aun así constante, manteniendo vivo el apego por ese pasado. Este natural interés fue canalizado en esfuerzos de profesionistas de otras especialidades hacia el coleccionismo y resguardo de piezas que representaban algún valor patrimonial o identitario.

Poco fructífero fue el esfuerzo de personajes como Howard y Shroeder por hacer un registro sistemático de sus trabajos de recolección, esto amén de que, según autores como Bernal, el anticuarismo es separado de la práctica oficial de la arqueología en la primera mitad del siglo xx con el llamado «triunfo de los

tepalcates» (Bernal 1979, 76). Sin embargo, en Durango la práctica asistemática de coleccionar piezas arqueológicas permanece hasta bien entrada la primera década del siglo XXI, como uno de los pocos medios de pervivencia de un imaginario del pasado. Para este periodo, no solo había quedado en el pasado la delgada línea entre anticuarismo y saqueo, sino que incluso ya se había formalizado y legislado la actividad arqueológica en México (Gobierno de la República 1972).

En ese tiempo, personajes como Ganot, Peschard y Lazalde, auspiciados por arqueólogos renombrados, como Litvak, realizaron recorridos y excavaciones en el territorio duranguense, en una nueva forma de coleccionismo impulsado por la preservación del «objeto»,<sup>10</sup> y si bien el interés por el pasado es una preocupación legítima, la arqueología es una actividad regulada y con una metodología de trabajo, que debe sustituir prácticas asistemáticas.<sup>11</sup> A pesar de ello, es importante rescatar una gran cantidad de datos que proporcionan, especialmente de sitios arqueológicos no registrados hasta ese momento, por ejemplo, el libro *Durango indígena* (Lazalde 1987), es quizá la obra más sobresaliente de este periodo, ya que el trabajo de compilación y síntesis es digno de destacar.

La visión generada durante este periodo no cambió sustancialmente el imaginario popular sobre el pasado prehispánico de Durango, ese de los indios pigmeos, ignorantes y salvajes. Las líneas de interpretación de los investigadores formales y de los aficionados fueron una misma en aquel tiempo. Esto no impidió que, sobre todo en las regiones más alejadas del estado, los prejuicios y fantasías siguieran vigentes. Punzo y Hers manifiestan que, en sus periodos de campo, particularmente en la sierra, se enfrentaron a esta construcción anquilosada del pasado (Punzo 1999). Por ejemplo, Hers narra una anécdota tan sencilla que podría ser paradigmática:

Pedimos hospitalidad a las personas que nos habían visto llegar de improviso y les explicamos cuál era el propósito de nuestro recorrido y nuestra presencia, cuál era el objeto de nuestra búsqueda: las huellas de los pueblos que habían vivido por estas tierras hacia muchas generaciones atrás, los restos de sus casas. Sorprendida, una amable señora quiso explicarnos cuán

10. Si bien el contexto es un referente fundamental para reconstruir el pasado, además, irrecuperable, también es necesario reconocer que el valor arqueológico no es el único que pueden ostentar estas evidencias materiales. El valor de vincular el pasado con el presente a través de la cercanía de los objetos con la gente en su experiencia vivida en los museos sigue siendo hoy en día una de las más claras materializaciones de esta relación, tanto personal como colectiva. Sin embargo, reconocemos que una adecuada práctica del registro arqueológico no exige la buena vinculación entre el objeto y la sociedad, e incluso brinda mejores posibilidades de una explicación más antropológica.

11. Es interesante notar cómo no solo fomentan estas actividades, sino que las reconocen como fuente para disertaciones. Foster menciona: «More recently, avocational archaeologists Ganot R., Peschard F., and Lazalde have described several sites drum across Durango. Their most important contribution has been the study of a collection of material looted from site of Cañon de Molino» (Foster, 2000, 199). Cabe señalar que en una visita en el 2009 al sitio en cuestión –Cañón de Molino– constatamos que se encuentra en un estado de conservación deplorable, con huellas evidentes de pozos de saqueo que hacen imposible en la actualidad un reconocimiento sistemático del sitio, muchos de ellos muy recientes. Esta observación es posible gracias a los trabajos sistemáticos anteriores (Tsukada 2006) los cuales dan un parámetro de comparación que evidencia aún más la afectación al sitio.

grande era nuestro error: «Pero si los inditos de antes no tenían casas, si vivían así nomás debajo de las piedras». Y los gestos de sus manos parecía trazarnos la imagen de unos seres muy extraños que buscaban refugio al modo de las hormigas [...] Así de un lugar al otro, en la sierra se cuentan cosas extrañas sobre esos seres no totalmente humanos que vivían antes de la llegada de «la gente de razón». Racismo ingenuo, vertiente popular de mitos que siguen vigentes (Hers 2006, 17).

Estos mitos son el resultado de una muy larga construcción del imaginario sobre el mundo prehispánico de Durango, generada desde el mismo momento del contacto con el mundo occidental, recuperado de las visiones centralistas del mundo mesoamericano del posclásico tardío, continuado y alimentado por posiciones despectivas de otredad durante todo el periodo virreinal y que no terminará con el arribo del México moderno (Braniff 2001; Hers 2004; Reyes 2004).

Si entendemos el momento histórico de los diferentes coleccionistas en Durango, tenemos que hay procesos muy similares en el resto del país. Señala Bernal que hacia finales del siglo XIX y principios del XX el anticuarismo era una actividad no solo tolerada, sino hasta admirada en el México de aquella época y será el inicio de la arqueología formal (Bernal 1979). Sin embargo, existe una diferencia sustancial entre personajes como Del Paso y Troncoso, y otros como Schroeder y Howard, siendo el intento de sistematización de la información la gran diferencia entre uno y los otros.

*El retorno de las instituciones; el proyecto Hervideros.* Tras años de olvido por parte de la arqueología mexicana, a principios de los noventa, Hers y un equipo de investigadores llegaron a trabajar en el norte del Durango: «En 1992 inician los trabajos de campo del proyecto Hervideros que tendrán su última temporada hacia el 2006. Buscaba esencialmente: crear las condiciones adecuadas para que fuera el punto de partida de una duradera reactivación de la arqueología duranguense además de la adquisición de datos puntuales» (Hers, Polaco, y Soto 1998, 19). Aunque uno de sus objetivos más importantes era el arte rupestre, el proyecto Hervideros abarcó varios aspectos de la investigación arqueológica e

involucró a diferentes instituciones, como la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), el Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), la Universidad Juárez del Estado de Durango (UJED) y el Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos (CEMCA) (Ibid., 20). Con la llegada del proyecto Hervideros se retomó la institucionalidad en los estudios del pasado. Parece curioso que nuevamente tuviera que ser una universidad la que retomara los trabajos en arqueología debido a la poca presencia del INAH para ese tiempo.

Del proyecto Hervideros han emanado productos académicos que van desde tesis (Berrojalbiz 2005; Herrera 2012 y 2016; Punzo 1999), múltiples artículos, capítulos de libros y libros completos, así como los informes técnicos correspondientes (por mencionar algunos: Berrojalbiz 2006 y 2006b; Carot y Hers 2006; Forcano 2000; Hers 2004 y 2006; Hers, Polaco, y Soto 1998; Punzo 2006b; Tsukada 2006). Si bien el proyecto vino a cubrir el vacío dejado por Kelley desde finales de los setenta, al igual que este último, no consolidó una presencia permanente en el estado (a pesar de los intentos mediante la vinculación con instituciones locales como el IIH-UJED), además, ni el proyecto ni sus integrantes tenían la personalidad jurídica para procurar una protección integral de los sitios arqueológicos de Durango. Esto parecía haber condenado nuevamente a la arqueología de la región a un periodo con mayor presencia de coleccionistas, aficionados y saqueadores, que de instituciones, ya que estos últimos nunca dejaron de estar presentes y realizar intervenciones a pesar de la presencia del proyecto Hervideros y de los proyectos aislados de otras instituciones.

Sin embargo, el proyecto Hervideros marcará una diferencia en las perspectivas a seguir en la arqueología de Durango, fomentando estudios interdisciplinarios, el involucramiento con la población cercana y lejana, abriendo las perspectivas hacia movimientos de población (Carot y Hers 2011; Hers 2001), visualizando tópicos poco atendidos como el arte rupestre (Berrojalbiz 2006; Forcano 2000; Herrera 2016; Punzo 2008), entre otros aportes. Este planteamiento es uno de los que ha mantenido mayor presencia en el mundo académico, permitiendo la inclusión de sus trabajos en algunas de las publicaciones de más amplia difusión (Manzanilla 2001) y revistas de divulgación (Hers 2001).

*Los proyectos aislados.* Fueron tres los proyectos aislados más sobresalientes, todos salvamentos arqueológicos realizados por la Dirección de Salvamento Arqueológico (DSA) del INAH, dos de ellos dirigidos por Antonio Porcayo y uno más por Luis Alfonso Grave, los tres como parte de los estudios previos para obras de la Comisión Federal de Electricidad. El primero y más importante fue en la Línea de transmisión eléctrica (LT) Durango Sur-Torreón Sur, Estados de Durango y Coahuila, en el cual se llevaron a cabo amplios recorridos de superficie y se localizaron 48 sitios sin registro previo, de los que se excavaron ocho, esto en el tramo comprendido entre la ciudad de Durango y la ciudad de Torreón (Porcayo 2003). Vale la pena destacar como aporte de este trabajo, el registro de la zona conocida como La Breña, de la que no se tenían antecedentes. El segundo trabajo fue en la LT Durango II Canatlán. Más modesta que la primera, pero producto de una afectación directa a sitios en La Breña (Porcayo 2004). En ambos casos cabe resaltar que el personal provino del INAH, ya que la información generada por el salvamento tuvo muy poca difusión entre académicos y aún menos en el público en general.

El tercer salvamento arqueológico llevado a cabo por la DSA es en la ruta de la carretera Durango-Mazatlán; Luis Alfonso Grave registró varios sitios a lo largo del trazo carretero, buscando vestigios que dieran cuenta de la interacción Aztatlán-Chalchihuites (Grave 2004).

*El centro INAH Durango.* El Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Durango se abre con el objetivo de salvaguardar y fomentar el conocimiento del patrimonio cultural en Durango. Será hasta 1992 que se tendrá una persona permanentemente para los temas de arqueología, el maestro Arturo Guevara. Con él se inician los proyectos sistemáticos del INAH en Durango, haciéndose cargo de los trabajos de mantenimiento y conservación del sitio arqueológico de La Ferrería, en la capital del estado, además de algunos otros proyectos de investigación (Guevara Sánchez, 2003). Como parte de sus resultados, se da cuenta de varios sitios arqueológicos en el Valle de Guadiana, destacando Cerro del Chiquihuitillo, Puerta de la Cantera, Cerro de la Cruz y Mesa de las Tapias (Guevara 2003, 2003b).

Igual que Kelley varios años antes, Guevara centrará su interés en el Valle de Guadiana y sus alrededores. También como su

predecesor, Guevara dejará Durango unos años después, en este caso a favor de Chihuahua. Los trabajos iniciados en el centro INAH Durango serán retomados por José Luis Punzo Díaz desde el 2003 y hasta el 2013, abriéndose nuevas vertientes en la arqueología de Durango. Punzo continuará los trabajos de mantenimiento y consolidación en La Ferrería. En el 2004 abrirá un proyecto para explorar y excavar sitios en el Valle de Guadiana (Punzo 2005), y posteriormente otro para investigar sitios arqueológicos en la Sierra Madre Occidental (Punzo 2008), ambos bajo la perspectiva de la arqueología del paisaje; estos proyectos se cuentan entre los más importantes desarrollados bajo el auspicio del Centro INAH.

Al igual que del proyecto Hervideros, del PIACOD y PROCUMA se ven ya los primeros resultados a través de los informes técnicos presentados al Consejo de Arqueología del INAH y en varios artículos y tesis (Punzo 2004, 2005, 2006, 2006b, 2008, 2010), así como el libro *Historia Antigua de Durango* (Hers y Punzo 2014). Cabe destacar los primeros trabajos de tesis producto, en buena medida, de estas investigaciones del PIACOD, mismos que muestran estos nuevos senderos que ha tomado la arqueología de Durango como: las relaciones entre la tradición Aztatlán y el Valle de Guadiana en el periodo Chalchihuiteño (Vidal 2011), acerca de los materiales cerámicos del Valle de Guadiana (Sandoval 2011), patrón de asentamiento (Muñiz 2012), iconografía (Gómez 2013; Rangel 2014), lítica (Andrade 2014), áreas de actividad (Lozano 2012), paleodieta (Palacios 2015) y paleoambiente (Somerville 2015).

*La incorporación de la UJED a la arqueología de Durango.* A pesar de que a través del proyecto Hervideros hubo una primera liga del Instituto de Investigaciones Históricas de la UJED con la arqueología de Durango, es hasta el arribo del Proyecto Arqueológico Sextín (PAS) (Zavala 2014), que la máxima casa de estudios de Durango se incorpora formalmente a la construcción del pasado prehispánico en la región, además de generar nuevos vínculos con otras instituciones, como La Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y la Universidad de San Luis Potosí (UASLP). El PAS está centrado en la investigación y la revaluación de tres fronteras académicas que tenemos muy presentes en nuestras labores arqueológicas: espacio (el norte, el centro y el occidente de México), tiempo (contextos prehispánicos y posteriores a la

llegada de los españoles), y tradiciones arqueológicas de Loma San Gabriel y Chalchihuites (Zavala 2014, 1).

## DISCUSIÓN

La construcción del conocimiento del pasado en Durango ha seguido un derrotero temporal marcado por el desprecio y el olvido de los intereses académicos hegemónicos en México; el consecuente imaginario social está fuertemente influenciado por ideas ingenuamente racistas, desinformación, exageraciones y pruebas seudocientíficas. Esto ha sido el resultado de un complejo proceso que no ha permitido consolidar una visión más certera y fundamentada del pasado indígena de Durango.

Con base en las particiones que se han hecho del pensamiento arqueológico en el mundo (Trigger 1992; Willey, y Sabloff 1974), y su aplicación en México (Bernal 1979; Williams 1993), proponemos que la construcción del pasado prehispánico en Durango ha seguido ciertas pautas en las que se pueden englobar los periodos expuestos aquí.

El momento de los conquistadores, viajeros, sacerdotes y aventureros, se ajusta al periodo del coleccionismo y el anticuarismo que caracterizó a la arqueología clásica. En él se forjó la visión segregante, que pesará en el resto de nuestra historia en los estudios del pasado prehispánico de Durango. Los primeros trabajos, en donde se construye la idea de pigmeos y chichimecas, se pueden homologar al inicio de la arqueología científica (Willey, y Sabloff 1974; Williams 1993) y en donde predominaba un pensamiento de evolución social.

El arribo institucional y la arqueología de bronce tienen un proceso similar al del periodo del historicismo cultural. Si bien no se ajustan de manera precisa a los tiempos del resto de la arqueología mexicana, o la del mundo, en general se mantienen ciertas similitudes. Sin embargo, las propuestas científicas han carecido de impacto en el imaginario social (proceso que ocurre en otras partes de México), por lo que consideramos que el prejuicio de barbarie que se arrastra desde el periodo anticuarista, impactó negativamente en este periodo, pues el inicio de la arqueología científica no fue tan diferente al de otras regiones de Mesoamérica, por ejemplo, el Occidente (Muñoz 2016).

El periodo histórico cultural coincide en cierta medida con lo que Bernal llama «el triunfo de los tepalcates» (Bernal 1979) y el periodo monumentalista (Vázquez 2003). En este tiempo se forjan las leyendas de bronce de la arqueología mexicana, los grandes pioneros que ligán sus trabajos con el nacionalismo de la época, personajes como Alfonso Caso, Alberto Ruz Lhuillier, Ignacio Marquina, Ignacio Bernal, Román Piña Chan, Manuel Gamio, entre muchos otros. En Durango la figura clave fue sin duda Charles Kelley, quien, a pesar de su posición difusionista evidenciada en sus intentos por relacionar los sitios norteños con Teotihuacán, tuvo poco eco en este sentido, pero buena recepción en el mundo académico mesoamericanista en general. Si bien se le reconoce como un gran formador de investigadores (Cabrero, Litvak, y Jiménez 2002), su obra no modificó sustancialmente el imaginario que dibujaba la presencia de «salvajes» en la región, esto debido quizá a que escribió poco, aunque fue el primero en poner en el plano académico la relevancia de la cultura Chalchihuites en la construcción del espacio norteño mesoamericano. El abandono de las instituciones dio paso a una especie de regresión temporal con el interregno de los aficionados, quienes se acercaron más al anticuarismo que al historicismo cultural.

El retorno de las instituciones, encabezado por el proyecto Hervideros, significó un salto sustancial en el acercamiento al fenómeno arqueológico, debido a que las metodologías y tópicos de trabajo seguidos por Hers y Carot, entre otros, se acercaba más a los postulados pos-procesualistas (por ejemplo, la interpretación desde la historia del arte rupestre). Sin embargo, no hubo una continuidad que permitiera consolidar esta visión. Los proyectos aislados y el inicio de la arqueología desde el centro INAH Durango se ajustan a la metodología de la llamada nueva arqueología, en donde la pretensión de objetividad parece darse por sentada a través del esfuerzo descriptivo. Finalmente, la incorporación de la UJED y la segunda etapa de la arqueología en el INAH Durango, plantean posturas teórico-metodológicas más flexibles, y con un acercamiento importante a las ideas posprocesuales.

De cualquier modo, los prejuicios generados durante el anticuarismo y no desechados durante el historicismo cultural han marcado la pauta para que, al combinarse con las condiciones histórico-sociales del uso del patrimonio arqueológico en función

12. Un claro ejemplo de este cambio son las publicaciones generales de *Historia Antigua de México* (Manzanilla 2001) en donde la frontera norte de Mesoamérica llega hasta el norte de Durango, frente a la visión de, por ejemplo, Piña Chan o Marquina, quienes ubican la frontera norte en Zacatecas (Piña 1960).

de los intereses políticos, el imaginario del pasado prehispánico de Durango se mantenga ligado al olvido, el desprecio, las exageraciones, los discursos seudocientíficos, entre otros. Debido a esto, consideramos que el estudio del pasado prehispánico debe buscar formas alternativas e imaginativas para construir el conocimiento del pasado en la región, esto sin descuidar el rigor científico que ello implica.

## CONCLUSIÓN

Como se mencionó, históricamente, los trabajos en Durango son escasos, en gran medida por ese sentido de monumentalidad que la arqueología mexicana ha mantenido por mucho tiempo, problema ya planteado por Vázquez León (Vázquez 2003). Como es de imaginar, fue en el Valle de Guadiana en donde se concentró en mayor medida el interés de los investigadores (y saqueadores también). En las inmediaciones de la actual ciudad de Durango tenemos –así es considerado– el sitio monumental más norteño de Mesoamérica: La Ferrería.

El resultado, hasta ahora parcial, de este gran esfuerzo que significó el trabajo de Kelley fue volver la mirada hacia una región no estudiada formalmente. El proyecto Hervideros permitió un cambio en la visión general de entender el pasado prehispánico de Durango, literalmente incluyendo a Durango en el mapa arqueológico nacional.<sup>12</sup> También se puso en discusión la idea de una frontera dinámica y compleja, la llamada *frontera fluctuante septentrional de Mesoamérica* (Hers 2001). Otro resultado fundamental para la arqueología de Durango fue la formación de recursos humanos especializados en esta área y sus tópicos particulares.

Como resultado visible, se empieza a subsanar una vieja deuda que ya habíamos mencionado: llegar a conclusiones generales sobre los distintos trabajos realizados por un proyecto, en este caso el PIACOD, en Durango. La imagen de los antiguos habitantes empieza a separarse (por ejemplo, hay mucha mayor claridad entre sitios chalchihuiteños, tepehuanos y de grupos no cerámicos) y a hacerse más amplia y clara que hace algunos años.

Actualmente, gracias a estos trabajos arqueológicos, hemos pasado de la identificación de apenas una decena de sitios arqueológicos en el Valle de Guadiana a conocer casi una centena

hasta el 2012. Esto ha cambiado en muchos sentidos las ideas que teníamos sobre la ocupación chalchihuiteña del Valle, además de darnos una amplitud temporal de los asentamientos humanos en el Valle, que va desde los cazadores de mega fauna, hasta el contacto con los españoles.

En cuanto a la construcción del imaginario de los antiguos habitantes del Valle, tanto en la población como en la comunidad académica también se ha avanzado mucho gracias al contacto directo con los actuales pobladores; sin embargo, es una tarea pendiente la realización de publicaciones de divulgación amplia, además de la obra *Historia de Durango* de la UJED –dedicada a un ámbito mucho más amplio que la época prehispánica, pero sobre la cual tiene un tomo completo (Hers, y Punzo 2014)–. Consideramos además necesario materializar los resultados del PIACOD en una publicación que funcione a modo de compendio, ya que este proyecto generó, por sí solo, un enorme volumen de datos. Todo lo anterior se considera para empezar a ver resultados en el cambio de perspectiva, de los prejuicios y fantasías a una imagen sustentada metodológicamente. Esa es, a nuestro parecer, la principal carencia que tiene en la actualidad la arqueología del Valle de Guadiana y del Estado en general. Esperamos que no pase mucho tiempo antes de la llegada de un nuevo proyecto que permita ampliar y afinar nuestra percepción de quienes moraron esos maravillosos paisajes duranguenses.

## REFERENCIAS

- Andrade González, Israel. 2014. «Raspador espiga: herramienta chalchihuiteña en el Valle de Guadiana, Durango». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Baczko, Bronislaw. 1991. *Los imaginarios sociales: memorias y esperanzas colectivas*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bernal, Ignacio. 1979. *Historia de la arqueología en México*. México: México.
- Berrojalbiz, Fernando. 2005. «Los paisajes prehispánicos del alto río Ramos, Durango, México». Tesis de doctorado en Antropología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- . 2006. «Arte rupestre y paisaje simbólico mesoamericano en el norte de Durango.» *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 89: 135–181.
- . 2006b. «Desentrañando un norte diferente: tepahuas prehispánicos del alto río Ramos, Durango». En *La sierra tepehuana: Asentamientos y movimientos de población*. Michoacán: El Colegio de Michoacán / Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango.
- . 2006c. «El origen norteño de los tepahuas: elementos arqueológicos sobre la antigua relación tepima». En *Las Vías del Noroeste I: Una macrorregión indígena americana*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brand, Donald. 1939. «Notes on the geography and archaeology of Zape, Durango». En *So live the works of men: 70th anniversary volume honoring Edgar Lee Hewett*. Albuquerque: University of New Mexico Press.
- Braniff Cornejo, Beatriz, coord. 2001. *La gran chichimeca: El lugar de las rocas secas*. México: Jaca Book / Conaculta.
- Brooks, Richard. 1971. «Lithic traditions in Northwestern Mexico: Paleo-Indian to Chalchihuites.» Tesis de doctorado, University of Colorado.
- . 1978. «A Loma San Gabriel / Chalchihuites Cultural Manifestation in the Río Ramos Region». En *Across the Chichimec Sea: Papers in honor of J. Charles Kelley*. Illinois: Southern Illinois University Press.
- Cabrero, María Teresa, Jaime Litvak King, y Peter Jiménez, coords. 2002. *Homenaje al Dr. John Charles Kelley (1913-1997)*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Carbonelli, Juan Pablo. 2011. «La construcción del concepto de cultura.» *Enfoques* 23(2): 69–103.
- Carot, Patricia, y Marie-Areti Hers. 2006. «La gesta de los toltecas chichimecas y de los purépechas en las tierras de los antiguos pueblos ancestrales.» En *Las vías del noroeste, I: Una macrorregión indígena americana*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- . 2011. «De Teotihuacán al cañón de Chaco: nueva perspectiva sobre las relaciones entre Mesoamérica y el suroeste de los Estados Unidos». *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 98: 5–53. Doi: <http://dx.doi.org/10.22201/ie.18703062e.2011.98.2361>
- Criado-Boado, Felipe. 2006. «¿Se puede evitar la trampa de la subjetividad? Sobre arqueología e interpretación.» *Complutum* 17: 247–253. <http://revistas.ucm.es/index.php/CMPL/article/view/CMPL0606110247A>
- De la Mota y Escobar, Alonso. 1993. *Descripción geográfica de los reinos de Nueva Galicia, Nueva Vizcaya y Nuevo León*. México: Universidad de Guadalajara / Instituto Jalisciense de Antropología e Historia / Gobierno del Estado de Jalisco.
- De Rivera, Pedro. [1736] 1945. *Diario y derrotero de lo caminado: visto, y observado en el discurso de la visita general de precidios, situados en las provincias ynternas de Nueva España, que de orden de Su Magestad executó d. Pedro de Rivera, birgadier de los reales exercitos...* México: Porrúa hermanos.
- Derrida, Jaques. 1971. *De la gramatología*. Barcelona: Siglo veintiuno.
- Díaz-Andreu, Margarita. 2007. *A world history of nineteenth-century archaeology: Nationalism, colonialism, and the past*. Oxford: Oxford University Press.
- Díaz-Bone, Rainer, et al. 2007. «El campo del análisis del discurso Foucaultiano. Características, desarrollos y perspectivas.» *Forum: Qualitative Social Research* 8 (2): 1–26. Doi: <http://dx.doi.org/10.17169/fqs-8.2.234>
- Eco, Umberto. 1978. *Tratado de semiótica general*. México: Nueva imagen.
- . 1993. *Lector in Fabula: La cooperación interpretativa en el texto narrativo*. 3 ed. Barcelona: Lumen.
- Fernández, Martínez, Víctor. 2012. «Teoría del discurso y paradigmas arqueológicos.» *Complutum* 23(2): 51–68.
- Forcano Aparicio, Marta. 2000. «Las pinturas rupestres de Potrero de Cháidez, Durango». En *Nómadas y sedentarios en el norte de México: Homenaje a Beatriz Braniff*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Foster, Michael S. 1981. «Loma San Gabriel ceramics». *Pantoc* 17–36.
- . 2000. «The archaeology of Durango». En *Greater Mesoamerica: The archaeology of West and Northwest Mexico*. Salt Lake City: The University of Utah Press.
- Foucault, Michel. 1982. *La arqueología del saber*. 8a ed. Buenos Aires: Siglo veintiuno.
- . 1983. *Vigilar y castigar*. México: Siglo veintiuno.
- . 1987. *El orden del discurso*. 3a ed. Barcelona: Tusquets.
- Gamio, Manuel. 1910. «Los monumentos arqueológicos de las inmediaciones de Chalchihuites, Zacatecas.» *Anales del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía*. 3ª época, 2: 469–492.
- Ganot, Jaime, y Peschard, Alejandro. 1997. *Aztatlán: Apuntes para la historia y arqueología de Durango*. Durango: Gobierno del Estado de Durango, Secretaría de Educación, Cultura y Deporte.

- Gobierno de la República. 1972. *Ley federal sobre monumentos y zonas arqueológicas, artísticas e históricas*. México: Gobierno de la República.
- Gómez Ambriz, Emmanuel Alejandro. 2013. «La iconografía cerámica Chalchihuiteña: análisis iconográfico de las imágenes centrales en espiral». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Gómez Pardo, Rafael. 1989. «Introducción a la crítica de la 'arqueología' de Michel Foucault». *Ideas y Valores* 38 (79): 107--122.
- González Rodríguez, Luis. 1993. «La etnografía acaxé de Hernando de Santarén». En *El noroeste novohispano en la época colonial*. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Antropológicas.
- González y González, Luis. 1999. *El oficio de historiar*. 2a ed. Michoacán: El Colegio de Michoacán.
- Grave Tirado, Luis Alfonso, y Verónica Guadalupe Rojas Gaytán. 2004. «Informe del tramo Km. 0-50 de la carretera Durango-Mazatlán, Estado de Durango. Proyecto arqueológico de salvamento carretera Durango-Mazatlán». (Dirección de Salvamento Arqueológico, Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Guevara Sánchez, Arturo. 2003. «Informe de la temporada de campo en el sitio de la Ferrería agosto 2002». (Archivo técnico del Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- . 2003b. *Ferrería: Conservación y estudio del sitio arqueológico*. Durango: Instituto de Cultura del Estado de Durango.
- Herrera Maldonado, Daniel. 2012. «Estudio del sitio de arte rupestre 'La Cantera', valle del río Tepehuanes, Durango: Una aproximación a la representación del cosmos chalchihuiteño». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- . 2016. «Formas, valores y ritmos en la tradición pictórica del Arcaico en Durango». Tesis de maestría en Historia del Arte, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hers, Marie-Areti. 1989. «¿Existió la cultura Loma San Gabriel? El caso de Cerro Hervideros, Durango». *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas* 60: 33--57.
- . 2001. «Durango en el Clásico». *Arqueología Mexicana* 49: 62--67.
- . 2001b. «La zona noroccidental en el Clásico y el Posclásico». En *Historia antigua de México*. Vol. 2. México: Conaculta / Universidad Nacional Autónoma de México / Porrúa.
- . 2001c. «Las grandes rutas que cruzaron los confines chichimecas». En *La gran chichimeca*. México: Conaculta / Jaca Books.
- . 2004. «Arqueología de Durango, destellos en el olvido». En *Introducción a la arqueología del occidente de México*. Colima: Universidad de Colima / Conaculta / Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- . 2006. «La sierra tepehuana: imágenes y discordancias sobre un pasado prehispánico». En *La sierra tepehuana: Asentamientos y movimientos de población*. México: El Colegio de Michoacán / Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Hers, Marie-Areti, José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena, editores. 2000. *Nómadas y sedentarios en el norte de México: Homenaje a Beatriz Braniff*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia / Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hers, Marie-Areti, Óscar Polaco, y María Soto. 1998. «Reactivar la arqueología duranguense: Hervideros, un proyecto en curso». *Transición* 21: 19--34.
- Hers, Marie-Areti, y José Luis Punzo Díaz, coords. 2014. *Historia de Durango*. Tomo I. Época antigua. Durango: Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Hodder, Ian. 2007. «The 'social' in archaeological theory: An historical and contemporary perspective». En *A Companion to Social Archaeology*. Oxford: Blackwell.
- Howard, Agnes. 1971. «Navacoyán: a preliminary survey». En *The North Mexican Frontier*. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Kelley, Charles, y Ellen Abbott. 1971. «An introduction to the ceramics of the Chalchihuites culture of Zacatecas and Durango, México: Part I: the decorated wares». En *Mesoamerican studies* 5. Carbondale: Southern Illinois University Press.
- Kelley, Charles. 2002. «Mesoamerican Colonization of Zacatecas - Durango: The Loma San Gabriel and Chalchihuites Cultures». En *Homenaje al Dr. John Charles Kelley (1913-1997)*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Kirchhoff, Paul. 1967. «Mesoamérica: sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales». *Suplemento de la revista Tlatoani* 3.
- Lazalde, Jesús F. 1987. *Durango indígena: Panorama cultural de un pueblo prehispánico en el noroeste de México*. Durango: Museo de Historia, Universidad Juárez del Estado de Durango.
- León-Portilla, Miguel. 2005. *Los antiguos mexicanos a través de sus crónicas y cantares*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lister, Robert, y Agnes M. Howard. 1955. «The Chalchihuites Culture of Northwestern Mexico». *American Antiquity* 21: 122--129. Doi: <https://doi.org/10.2307/276854>
- Lorenzo, José Luis. 1991. «Una punta de proyectil acanalada localizada en Durango, México». En *Prehistoria y arqueología*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Lozano, Hilda. 2012. «Análisis químico de pisos del sitio Cueva del maguey, Durango: Estudio sobre aprovechamiento y utilización de espacios abiertos y cerrados». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Lumholtz, Carl. 1904. *El México desconocido: cinco años de exploración entre las tribus de la Sierra Madre occidental; en la Tierra Caliente de Tepic y Jalisco, y entre los tarascos de Michoacán*. Tomo I. Nueva York: Charles Scribner's Sons.

- Mansilla Castaño, Ana María. 1999. «El análisis del discurso arqueológico como metodología: una primera aproximación». *ArqueoWeb: Revista sobre Arqueología en Internet* 1(3): 4--19.
- Manzanilla, Linda, y Leonardo López Luján, coord. 2001. *Historia antigua de México*. México: Conaculta / Universidad Nacional Autónoma de México / Porrúa.
- Marín Tamayo, Fausto. 1992. *Nuño de Guzmán*. México: Siglo veintiuno.
- Marquina, Ignacio. 1964. *Arquitectura prehispánica*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Mason, Alden. 1937. «Concise report of the expedition to Northern Mexico, 1935-1936, under the auspices of the American Philosophical Society». (Archivo técnico, vol. 179 del Departamento de Monumentos Prehispánicos, Instituto Nacional de Antropología e Historia).
- Miramón Vilchis, Marco Antonio. 2013. «Michel Foucault y Paul Ricoeur: dos enfoques del discurso». *La colmena* 78: 53--57.
- Muñoz García, David Arturo. 2016. «La tradición Teuchitlán a través de la obra de Phil C. Weigand: la presencia del agente y su discurso en la arqueología del occidente de México». *Relaciones. Estudios de historia y sociedad* 148 (37): 63--100.
- . 2012. «Estrategias para la apropiación de paisaje en el Río Santiago Bayacora, Durango.» Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Obregón, Baltasar de. 1924. *Historia de los descubrimientos antiguos y modernos de la Nueva España: escrita por el conquistador Baltasar de Obregon, año de 1584*. México: Secretaría de Educación Pública.
- Palacios Ríos, Elsa Olimpia. 2015. «Caracterización de la dieta de la cultura chalchihuites en su rama Guadiana por medio del análisis de isótopos estables de carbono y nitrógeno». Tesis de licenciatura en Arqueología, Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Palazuelos, Roberto B. 1943. «Informe antropológico sobre las dos momias de Durango». *Boletín del Museo Nacional de Arqueología Historia y Etnografía*. 6a época. 1: 5--12.
- Piña Chan, Román. 1960. *Mesoamérica, ensayo histórico cultural*. México: Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Porcayo Michelini, Antonio. 2003. «Informe final del salvamento arqueológico en la línea de transmisión eléctrica, Durango Sur-Torreón Sur, estado Durango y Coahuila. Vol. I-VI.» (Dirección de Salvamento Arqueológico / Instituto Nacional de Antropología e Historia-Durango).
- . 2004. «Informe de trabajo de inspección arqueológica en la línea de transmisión eléctrica, Durango I-Canatlán.» (Dirección de Salvamento Arqueológico / Instituto Nacional de Antropología e Historia-Durango).
- Punzo Díaz, José Luis. 1999. «La Mesa de Tlahuitoles en lo alto de la Sierra Madre de Durango: apuntes para la historia antigua Xixime». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- . 2004. «Informes técnicos de las investigaciones arqueológicas del área centro-oeste de Durango, 2003». (Instituto Nacional de Antropología e Historia-Durango).
- . 2005. «Informes técnicos de las investigaciones arqueológicas del área centro-oeste de Durango». (Centro Regional del Instituto Nacional de Antropología e Historia en Durango).
- . 2006. «¿Quiénes vivían en la sierra antes de la llegada de los tepehuanes? Breviario de arqueología Xixime». En *La sierra tepehuana: Asentamientos y movimientos de población*. México: El Colegio de Michoacán / Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez del Estado de Durango.
- . 2006b. «Informes técnicos de las investigaciones arqueológicas del área centro-oeste de Durango, 2005». (Instituto Nacional de Antropología e Historia-Durango).
- . 2007. «Los habitantes del valle de Guadiana, 1563-1630: Apropiación agrícola y ganadera». Tesis de maestría, Instituto de Investigaciones Históricas de la Universidad Juárez del Estado de Durango.
- . 2008. «La ruta de las praderas en época prehispánica. El caso del abrigo de piedra de amolar 1, Durango». En *Las vías del noroeste II: Propuestas para una perspectiva sistémica e interdisciplinaria*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- . 2010. «Informes técnicos de las investigaciones arqueológicas del área centro-oeste de Durango, 2009». (Instituto Nacional de Antropología e Historia-Durango).
- Punzo Díaz, José Luis, David Arturo Muñoz García, Diego Rangel, y Ana Iris Murguía. 2008. «Informe técnico del proyecto de conservación y restauración de las casas en acantilado de la Cueva del Maguey. Vol. I-IV». (Centro Regional de Instituto Nacional de Antropología e Historia en Durango).
- Punzo Díaz, José Luis, y Ángel Ramírez Luna. 2008. «Contributions to mesoamerican settlement chronology in the Sierra Madre in Durango». Paper presented at the 73rd Annual Meeting of the Society for American Archaeology, Vancouver, Society for American Archaeology.
- Rangel Estrada, Diego Antonio. 2014. «Identificación de zoomorfos en los materiales arqueológicos de la cultura Chalchihuites, rama Guadiana». Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Reese-Taylor, Kathryn. 2001. «The cultural poetics of power and space in ancient Mesoamerica». En *Landscape and Power in Ancient Mesoamerica*. Colorado: Westview Press.
- Renfrew, Colin, y Paul Bahn. 2011. *Arqueología: teorías, métodos y prácticas*. Nueva edición revisada y aumentada. Madrid: Akal.
- Reyes Valdez, Antonio. 2004. «Pimas, pápagos y tepehuanes: Relaciones lengua-cultura entre los pueblos tepimanos del noroeste de México y el suroeste de los Estados Unidos». Tesis de maestría en Antropología, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ricoeur, Paul. 2006. *Teoría de la interpretación: Discurso y excedente de sentido*. México: Siglo veintiuno / Universidad Iberoamericana.
- Rubín de la Borbolla, Daniel. 1946. «Arqueología del sur de Durango». *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos* 3: 111--120.
- Sahagún, Bernardino de. 2009. *Historia general de las cosas de la Nueva España II*. Barcelona: Linkgua.
- Sandoval Mora, Cindy Cristina. 2011. «La aplicación de la petrografía en la caracterización y proveniencia de las cerámicas chalchihuites»

- de las ramas Guadiana y Súchil del sitio arqueológico La Ferrería en Durango, Dgo.» Tesis de licenciatura en Antropología, Universidad Autónoma de Zacatecas.
- Saravia, Atanasio G. 1978. *Obras 1. Apuntes para la historia de la Nueva Vizcaya*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Smith, Laura Jane. 2001. «Archaeology and the Governance of Material Culture: A Case Study from South-Eastern Australia». *Norwegian Archaeological Review* 34 (2): 97--105.
- Solanes Carraro, María, y Enrique Vela Ramírez. 2000. «Atlas del México prehispánico: Mapas de periodos, regiones y culturas». *Arqueología mexicana* 5: 1--80.
- Somerville, Andrew D. 2015. «Leporids, Landscapes, and Social-Environmental Dynamics in Arid North America: Stable Isotope Analysis of Rabbit and Hare Bones from Modern and Archaeological Sites». Tesis de doctorado, Universidad de California en San Diego.
- Tamarón y Romeral, Pedro. 1937. *Demostración del vastísimo obispado de la Nueva Vizcaya, 1765*. México: Antigua Librería Robredo.
- Tilley, Christopher. 1989. «Archaeology as socio-political action in the present». En *Critical traditions in contemporary archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press.
- . 1989b. «Interpreting material culture». En *The meanings of things: material culture and symbolic expression*. Londres: Harper Collins.
- . 1994. *A phenomenology of landscape: places, paths, and monuments*. Oxford: Berg.
- Trigger, Bruce. 1992. *Historia del pensamiento arqueológico*. Barcelona: Crítica.
- Tsakada, Yoshiyuki. 2006. «Grandes asentamientos chalchihuiteños de la Sierra Madre duranguense: Estudio comparativo entre Cañón de Molino y Hervideros». En *La sierra tepehuana: Asentamientos y movimientos de población*. Michoacán: El Colegio de Michoacán / Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango.
- Vázquez, León, Luis. 2003. *El Leviatán arqueológico: Antropología de una tradición científica en México*. 2a ed. México: Ciesas / Porrúa.
- Vidal Aldana, Cinthya Isabel. 2011. «El intercambio en el noroccidente prehispánico: La relación entre la rama Guadiana de la tradición arqueológica chalchihuites y la tradición Aztatlán, entre el 600-1300 d.C.» Tesis de licenciatura en Arqueología, Escuela Nacional de Antropología e Historia.
- Wiley, Gordon, y Jeremy Sabloff. 1974. *A history of American Archaeology*. Londres: Thames and Hudson.
- Williams, Eduardo. 1993. «Historia de la arqueología en Michoacán». En *II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera*. México: Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Zavala Moynahan, Bridget. 2014. «Proyecto arqueológico Sextín: resultados preliminares de la primera temporada de campo, 2008». En *Historia de Durango. Tomo 1. Época antigua*. Durango: Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Juárez del Estado de Durango.